

Juan Arana

¿QUÉ ES
LA CONCIENCIA?



SENDEROS



Biblioteca de Conceptos
Fundamentales

5

Director:

Juan Arana

© Juan Arana

© Editorial Senderos (2021)

ISBN: 978-84-124528-0-8

DL: SE-2.052-2021

PRODUCCIÓN EDITORIAL: Los Papeles del Sitio

DISEÑO DE CUBIERTA: Laura Anaya

EDITORIAL SENDEROS

C/ Poeta Manuel Benítez Carrasco - Bloque 6 - Local 7

41013-Sevilla (ESPAÑA)

[Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización]

EN MEMORIA DE
JAVIER, PILAR Y JOSÉ MARÍA.

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
1. Aproximación a la conciencia	21
2. Selección natural y conciencia	29
3. Pero, en definitiva, ¿qué es la conciencia?	35
4. Los límites de la explicación	39
5. La vía determinista y la vía reduccionista	45
6. Naturalizar sí, pero ¿hasta dónde?	49
7. La tridimensionalidad de la conciencia	67
8. Peculiaridad irreductible de la conciencia	75
9. El dualismo implícito	81
10. Ultimidad de la conciencia	85
11. De la conciencia al yo	89
12. La unión cuerpo-alma	97
13. Conciencia e inteligencia	107
14. El cálculo y la escritura	113
15. La era algorítmica	117
16. Conciencia y bucles de retroalimentación	121
17. Limitaciones internas de los formalismos	125
18. El plus consciente	129
19. Geografía de la conciencia	133
20. Continuidad y discontinuidad	137
21. La inexplicabilidad, aclarada	143
22. La inseparabilidad de la conciencia	145
23. La aporía metafísica de la conciencia	151

24. La perspectiva nomogónica	153
25. Conciencia y libertad	159
26. Conciencia y memoria	165
27. Abertura y vocación mundana de la conciencia . . .	169
<i>Conclusión</i>	173
<i>Para seguir leyendo</i>	179

INTRODUCCIÓN

«CONCIENCIA» es una palabra que usan con particular frecuencia los psicólogos, los filósofos y los moralistas.

Que hablen de ella los *psicólogos* se comprende fácilmente, ya que constituye un aspecto importante de la vida mental y nadie discutirá a ese colectivo la competencia para describirla, estudiarla y explicarla en la medida que sea factible.

Por otro lado, a los *filósofos* les asiste cierto derecho de antigüedad. Mucho antes de que la psicología llegara a ser una disciplina solvente, fueron ellos los que investigaron y conceptualizaron los fenómenos conscientes. Los neoplatónicos y una parte de los primeros filósofos cristianos incluso llegaron a convertir la noción en la clave fundamental para entender al hombre y a Dios. A partir de Descartes —y muy en particular desde que irrumpen el idealismo alemán— hay repetidos intentos de explicar la esencia de la realidad a partir de la conciencia.

Respecto a los *moralistas*, en realidad son muy pocos los que, de una forma reconocida o encubierta, no ejercen como tales. Me refiero a que es infrecuente que un miembro de nuestra especie se abstenga por completo de indicar a sus semejantes qué es lo que *deberían hacer*. El moralista en cuanto tal se distingue del resto porque no lo hace de modo impositivo u ordenancista, sino apelando a un presunto aliado que actuaría en el interior de todos los humanos. Precisamente sería este cómplice el de-

signado por el manoseado vocablo: «debes hacer lo que digo, no porque yo te lo mande, sino porque así lo dicta tu *conciencia*, de la que tan sólo actúo como eco o portavoz». En el cuento de *Pinocho*, el juguete fabricado por Geppetto carece de brújula interior que le oriente, por lo que siempre le acompaña un asesor de aguda fonética, Pepito Grillo, que constituiría más o menos una externalización de la *conciencia*.

Lo que tienen en común filósofos y moralistas es que ni a unos ni a otros se les considera *científicos*. Los psicólogos sí pretenden serlo, pero no acaban de ser reconocidos como tales, al menos por los representantes de las ciencias con mayor prestigio, las que llamamos *duras* y se ocupan de realidades inequívocamente tangibles. La pugna de la ciencia de la mente para conseguir homologarse casi ha conseguido arruinar su unidad interna. Hay partes de ella, en efecto, que son tan empíricas y —casi diría— tan matematizables como la que más. Pero el peaje a pagar es mantenerse lejos del tema de la conciencia, que se ha convertido en un punto quemante, capaz de contaminar todo lo que toca. Sin embargo, ¿cómo renunciar a tratarlo y —en la medida de lo posible— a explicarlo? Un libro de psicología que no dedique al menos un capítulo al asunto es algo así como un jardín sin flores o una novia sin velo.

Diríase que lo mismo ocurre con otras ciencias inequívocamente rigurosas, cuando osan acercarse a este reducto de lo inexplicado. Hoy por hoy, la bioquímica, la neurociencia y la inteligencia artificial han fracasado en sus intentos de echar una mano en el empeño a sus hermanas más cortas de crédito. La llamada «inteligencia artificial» es en varios sentidos mucho más inteligente que la natural, pero por el momento no hay nada en ella que

merezca ni de lejos llamarse «conciencia artificial». La anatomía y fisiología del cerebro han conseguido despejar numerosas incógnitas relativas a la percepción, la memoria, la vida afectiva, los procesos de respuesta motriz y un largo etcétera; pero cuando llega el turno de la conciencia pinchan en hueso. Mejor dicho: se diría que no encuentran hueso ni carne donde pinchar. En cuanto a la bioquímica, parece más o menos claro que el «secreto de la vida» se resuelve en un conjunto de reacciones delicadamente entrelazadas dentro de células y tejidos, pero el *secreto de la conciencia* —si es que lo hay— parece desvanecerse a medida que estrechamos el cerco en torno a él: nada diferencia las transformaciones que se asocian a la conciencia y las que tienen que ver con las restantes funciones vitales y mentales. ¿Acaso se trata de un aspecto gratuito o redundante de aquéllas? Es lo que pretende el funcionalismo o el epifenomenismo, pero voy a procurar en este libro enredarme lo menos posible con tecnicismos, abstracciones o disputas entre escuelas, reconduciendo la discusión a los términos más simples, aunque sin renunciar a la seriedad de la información a transmitir. Quedémonos con la idea de que hay serios motivos para cuestionar que, en definitiva, la conciencia carezca de utilidad. Sirve para mucho, y por eso merece la pena prestarle atención para conocer —aunque sea someramente— los intentos de clarificación y desciframiento que tanta gente competente ha desarrollado a lo largo de los siglos.

El paradójico destino de la conciencia ha sido que se esperara demasiado de ella o bien que se pretendiera devaluarla hasta volverla prescindible. El mundo de las humanidades está en el primer caso; el de las ciencias en el segundo. No obstante, también se han hecho considera-

bles esfuerzos para justipreciarla. Tal vez el más relevante de todos, al menos durante el siglo pasado, lo ha realizado la escuela fenomenológica. De Husserl para acá, muchos se han dado cuenta de que, si se carga demasiado peso metafísico sobre la noción, resultan más perjuicios que beneficios para la empresa de esclarecerla. La consigna de «volver a las cosas mismas» significó en este caso «atenerse al fenómeno de la conciencia» sin pretender contextualizarlo con raíces o ramificaciones. Lo cual ha dado lugar a una analítica que seguramente constituye el haber más neto con que contamos para avanzar en la encuesta. Gracias a ella sabemos con cierto detalle cómo se manifiesta la conciencia. No obstante, a medida que ese conocimiento avanza, tanto mayor es la urgencia de saber en qué consiste, cuáles son sus causas —si es que las tiene— y qué destino ha de asignársele.

Para asaltar la ciudadela de la conciencia se han empleado numerosas fórmulas. De acuerdo con la táctica del «divide y vencerás» muchos aplican las dicotomías al uso, para tratar de confinarla al menos en una zona restringida de la realidad. ¿Es material o espiritual? ¿Sustancial o accidental? ¿Real o meramente aparente? ¿Individual y concreta o genérica y abstracta? ¿Tiene la consistencia de una cosa o más bien el dinamismo de un proceso? ¿Pertenece en propiedad a quien en un momento dado la detenta o es tan sólo un expediente provisional que rápidamente se esfuma o transfiere? No hay consenso entre los estudiosos sobre prácticamente ninguna de estas preguntas y eso es lo que otorga mayor aliciente a los siempre renovados ensayos para ir disipando la oscuridad reinante.

Basta con hojear cualquier diccionario de filosofía para comprobar que aquí ha tenido lugar un irresolu-

ble conflicto de interpretaciones. En este ovillo cada cual tira de un cabo, de manera que el nudo cada vez es más apretado y difícil de desatar. Un libro meramente introductorio como éste puede elegir entre ordenar y clasificar las propuestas relevantes, o bien hacer un seguimiento crítico de las más prometedoras. Voy a optar por la segunda alternativa. En primer lugar, por razones retóricas: me parece más aburrido confeccionar catálogos que escribir historias. En segundo lugar, por motivos personales: a estas alturas de la vida ya no puedo fiarme de que la memoria me preserve de lagunas o repeticiones. A decir verdad, nunca tuve la capacidad de reconstruir con exacta fidelidad el pensamiento de otros. La edad me ha vuelto escéptico para precisiones y distingos, pero todavía conservo la pasión por un buen relato. En el campo de la conciencia hay uno en verdad estimulante: la crónica de los trabajos invertidos desde hace siglos para *naturalizar la conciencia*. ¿En qué consiste eso? En lograr explicarla cabalmente con los medios y procedimientos de las ciencias de la naturaleza. Pocos años atrás publiqué un libro pasablemente académico (*La conciencia inexplicada*), donde examinaba las diferentes propuestas de naturalización*. Llegaba a una conclusión pesimista (u op-

* *La conciencia inexplicada. Ensayo sobre los límites de la comprensión naturalista de la mente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015. Antes y después de él he publicado asimismo una docena larga de artículos sobre el mismo asunto: «Acción física y acción mental», en: *Thémata*, 30, 2003, pp. 55-70; «Neurociencias y mente humana», en: *Humanismo, ciencia y sociedad*, Alcalá de Henares, Asociación Alexander von Humboldt de España, 2009, pp. 83-110; «¿Existe algo así como una explicación neuronal de la conciencia?», en: C. Diosdado, F. Rodríguez Valls, J. Arana (eds.), *Neurofilosofía*, Madrid, Plaza y Valdés, 2010, pp. 203-215; «¿Y qué es una máquina? Consideraciones críticas sobre las teorías materialistas de la conciencia», en F. Rodríguez Valls, C. Diosdado, J.

timista, según se mire): la conciencia humana encierra un *misterio*, mientras que la conciencia que se da en los restantes seres vivos y en los dispositivos «inteligentes» creados por la técnica contiene a lo sumo *enigmas* que antes o después serán descifrados. Por si hiciera falta la aclaración, entiendo que un enigma es una entidad o proble-

Arana (eds.), *Asalto a lo mental*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 13-44; «Máquinas e inteligencia», en: M. Oriol (ed.), *Inteligencia y filosofía*, Madrid, Marova, 2012, pp. 275-298; «Máquinas pensantes. Tres ejemplos de tratamiento cinematográfico de un problema antropológico», en: P. Teruel (ed.), *Cerebro, mente, cuerpo, persona. Antropología cinematográfica*, Barcelona, CEU, 2012, pp. 85-99; «¿Se puede impunemente naturalizar la conciencia?», en: *Gaceta de Psiquiatría Universitaria*, Santiago de Chile, volumen 11, 3, 2015, pp. 255-267; «Prolegómenos a una discusión sobre la naturalización del hombre», en: C. Carbonell, L. Flamarique (eds.), *De simios, cyborgs y dioses*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016, pp. 13-27; «Los límites de la explicación», *Naturaleza y Libertad*, vol. 7, 2016, pp. 375-454; «¿Se reduce el hombre a la naturaleza?», *Acontecimiento*, núm. 1207, 2016, pp. 61-64; «Una interpretación filosófica de la conciencia», en *Cultura y Conciencia. Revista de Antropología*, 2016, 2, pp. 1-25; «¿Constituye la conciencia el factor diferencial de lo humano?», en *Naturaleza y Libertad. Revista de Estudios Interdisciplinarios*, 2018, 10, pp. 33-54; «Cerebro, mente y persona», en C. Hernando (coord.), *El ser humano: más allá del animal y de la máquina*, Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2018, pp. 43-64; «El papel de la conciencia en el viviente humano», en H. Velázquez, L. Contreras, F. Mendoza (eds.), *La unidad del viviente desde un enfoque interdisciplinario: del origen de la vida a la generación de hábitos*, Ciudad de México, Tirant, 2018, pp. 353-368; «Inteligencia natural e inteligencia artificial», en *Sobre inteligencia artificial. ¿Conciencia artificial?*, Madrid, Ideas y Libros, 2018, pp. 73-84; «¿Cómo se produjo la personalización de la matriz biológica del hombre?», en *Humanidades: revista de la Universidad de Montevideo*, núm. 5, (2019), pp. 29-51. Aunque las ideas que allí se defienden de un modo u otro reaparecen a lo largo de este libro, para escribirlo no he aprovechado ningún material de esa procedencia. La mayor parte de estos títulos están disponibles *on line* en el siguiente enlace: <https://www.racmyp.es/contenido/16/academicos-numerarios.html>.

ma inexplicado, pero en principio explicable; el misterio es algo inexplicable.

En el fragor de la discusión llegué a pronosticar con mucho atrevimiento que *nunca se conseguirá explicar la conciencia que poseemos los humanos*, ni con las armas de la ciencia natural ni tampoco por ningún otro medio. Podremos averiguar con bastante exactitud *qué es la conciencia*, cuándo y dónde emerge, también cuándo se interrumpe o desaparece, pero no *de dónde surge* ni *cuál es el mecanismo subyacente*. Por consiguiente, si tengo razón, tras la conciencia humana *hay un misterio*, y no de menor cuantía. Los filósofos analíticos, que son expertos en poner nombres a las cosas, podrían castigarme por ello llamándome *misteriano*, palabra de horrible sonoridad. Espero que, si alguno de ellos se decide a consagrar un minuto al menester, encuentre alguna otra más eufónica. Alego en pro de mi causa que durante los cinco años transcurridos desde la aparición del libro no se ha avanzado un solo paso en la dirección que pronostiqué estéril. Algo es algo: el provisionalísimo éxito de mi profecía me permite publicar una segunda entrega que reincide en la misma posición teórica sin tener que agachar la cabeza. Por supuesto, el objetivo de esta nueva singladura no es repetirme. Las normas de esta colección piden que omita referencias críticas, discusiones eruditas y argumentos enrevesados. Todo un desafío, porque en la primera entrega la documentación ocupaba una buena parte del espacio, debido al comprensible propósito de guardarme un poco las espaldas. Entonces trataba de convencer al lector (especialmente al no favorablemente dispuesto) de que mi tesis no era una majadería pergeñada de la noche a la mañana. Ahora doy por logrado ese primer propósito y me dispongo a reformular, limpio de polvo y paja,

lo sustancial de mi alegato. Así podrá verse si, perifollos aparte, el rey va desnudo o vestido. Si paso demasiado rápidamente por algún punto controvertido, remito a los trabajos que anteceden para mayor abundamiento. El esfuerzo principal va a ser ahora, además de *aligerar*, *simplificar* todo lo que pueda, no con ánimo de trivializar, sino con el fin de otorgar la mayor limpidez posible a una cuestión que en absoluto se puede considerar menor, ya que en ella —lo digo sin ánimo de dramatizar— *nos la jugamos todos*. En efecto: lo que somos, lo que debemos hacer y lo que podemos esperar dependen de modo directo de qué sea o deje de ser la conciencia.

Comenté un poco más arriba que prefiero contar relatos a dibujar mapas. El título de este escrito me compromete a responder a la pregunta: ¿qué es la conciencia?, un tema en el que confluyen disciplinas muy diversas: psicología, antropología filosófica, epistemología, biología, neurociencia, inteligencia artificial, metafísica y hasta religión (o religiones). He intentado realizar un ejercicio de interdisciplinariedad, aunque la óptica que domina es inequívocamente filosófica. Voy a procurar hacerlo en armonía con la tesis de que la conciencia humana resulta inexplicable. Otra tesis subsidiaria es que, de haber alguna explicación, tendría que ser del tipo de las que infructuosamente ensayan las ciencias de la naturaleza. Ante todo, he de advertir que hasta que me jubilé mi trabajo consistía en explicar la asignatura de *filosofía de la naturaleza*. Por consiguiente, algo he tenido que aprender sobre las cosas que llamamos naturales o materiales. Consecuentemente, en este ensayo lo físico y lo antropológico priman sobre lo gnoseológico y metafísico, dado que mi especialidad nunca ha sido lo sobrenatural o lo espiritual.

Un poco harto de exponer a Newton, Darwin, Einstein o Heisenberg, quise salir de mi zona de confort para atisbar lo que hubiera más allá. Como era de esperar, me pasó un poco lo que al zapatero que, cuando termina de trabajar, no ve por la calle otra cosa que el calzado de los viandantes. Tendía a preguntarme qué había de físico en lo que presuntamente no lo es. Y la respuesta obvia es que, al menos sobre la superficie del planeta Tierra, *mucho, muchísimo*. ¿Todo, quizá? Pues no: todo, todo, no. Hay cosas aquí abajo que, aunque sea de refilón, escapan de la jaula construida con observaciones, experimentos y cálculos donde los entusiastas de la ciencia pretenden encerrarlas. La más obvia de todas esas pertinaces insolubidades es la conciencia: la compararía al recluso que consigue sacar fuera de los barrotes de su celda al menos una mano. Mostrar cómo lo logra es la única respuesta que cabe dar a la cuestión propuesta.

Matalascañas, septiembre de 2021

RECONOCIMIENTOS

Leyeron el manuscrito y aportaron críticas y sugerencias las siguientes personas: Francisco Rodríguez Valls, Francisco Soler y Jesús de Garay. María Caballero y Domingo Vilaplana efectuaron además una minuciosa revisión del texto para detectar erratas y faltas de redacción. Con Salvador Anaya he discutido todo el libro repetidas veces. Sus puntos de vista me han hecho introducir varias modificaciones significativas.